



ÁREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº29 – Invierno 2025

El chivo expiatorio: ¿problema o necesidad en psicoterapia grupal?

Héctor de Diego Ruiz¹

Resumen

El fenómeno del chivo expiatorio es una dinámica universal presente en los grupos humanos, incluidos los grupos de psicoterapia. Este trabajo explora su historia antropológica y su desarrollo en los ámbitos psicoanalítico y grupoanalítico. A través del análisis de dos viñetas clínicas en grupos de Hospital de Día, se comparan distintos desenlaces: en un caso, el miembro señalado fue finalmente expulsado; en el otro, el grupo logró integrarlo. La discusión de estos casos, en consonancia con la teoría, resalta la importancia del rol del conductor del grupo para involucrar a los demás miembros en la resolución del fenómeno de forma constructiva. Se concluye que el manejo adecuado del chivo expiatorio en psicoterapia grupal puede favorecer la cohesión y la madurez del grupo.

Palabras clave: chivo expiatorio, psicoterapia grupal, grupoanálisis.

¹ Psiquiatra y grupoanalista. Hospital de Día de Vallecas (H.U. Infanta Leonor) Madrid.

Abstract

The scapegoating phenomenon is a universal dynamic present in human groups, including psychotherapy groups. This study explores its anthropological history and its development within the psychoanalytic and group-analytic fields. Through the analysis of two clinical vignettes from Day Hospital groups, different outcomes are compared: in one case, the identified member was ultimately expelled, while in the other, the group succeeded in integrating them. The discussion of these cases, in dialogue with theory, highlights the importance of the group conductor's role in engaging other members to resolve the phenomenon constructively. It is concluded that proper management of the scapegoat in group psychotherapy can foster group cohesion and maturity.

Keywords: scapegoating, group psychotherapy, group analysis.

Introducción

El chivo expiatorio es un fenómeno inherente a los grupos humanos. Hace referencia a la proyección de los conflictos y tensiones de un grupo sobre un individuo o subgrupo, que es señalado como responsable de los problemas. Este depositario es a menudo castigado o rechazado.

Si nos centramos específicamente en los grupos psicoterapéuticos, la figura del chivo expiatorio puede tener implicaciones importantes, ya que puede ser un obstáculo para el proceso terapéutico o, al mismo tiempo, actuar como garante de la cohesión grupal. Su comprensión aporta información muy valiosa, pues podría estar reflejando temores, deseos y conflictos no resueltos dentro del grupo. Sin embargo, cuando el chivo expiatorio se mantiene señalado y el grupo no es capaz de elaborar adecuadamente la dinámica que lo sustenta, la expulsión del chivo puede vislumbrarse como la única opción factible. Por ello, los conductores de los grupos psicoterapéuticos (y el grupo en su conjunto) tendrán la difícil tarea no solo de identificar este fenómeno, sino también de favorecer la integración de estas experiencias de la manera más constructiva posible (Foulkes, 2007, pp. 190-191; Nitsun, 1996).

La pregunta central de este trabajo es si la presencia del chivo expiatorio constituye un impedimento para el adecuado desarrollo del proceso psicoterapéutico grupal o si, por el contrario, puede ser vista como una necesidad intrínseca a la existencia y desarrollo grupal. Para ello se realiza una revisión de la literatura sobre el chivo expiatorio, en especial de los principales enfoques grupoanalíticos. Para ilustrar la reflexión teórica se describen dos

viñetas clínicas en las que el fenómeno de chivo expiatorio desemboca en resultados muy diferentes.

Contexto histórico

Los orígenes del concepto “chivo expiatorio” se remontan al Antiguo Testamento, concretamente al libro de Levítico. En él se describe un ritual llevado a cabo en el Yom Kipur o Día de la Expiación, la festividad más importante del calendario hebreo. En este ritual, una cabra era elegida para ser liberada al desierto, cargando simbólicamente los pecados del pueblo. Al transferir los pecados colectivos de la comunidad a un animal y enviarlo lejos de la misma, el pueblo podía redimirse de la culpa y restaurar su equilibrio espiritual (Girard, 1982, pp. 102-126).

Y Aarón pondrá ambas manos sobre la cabeza del chivo vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, todos sus pecados, poniéndolos sobre la cabeza del chivo; y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel chivo llevará sobre sí todas sus iniquidades a una tierra deshabitada, y dejará el chivo en el desierto (Levítico 16:21-22).



William Holman Hunt, *The Scapegoat* (1854–1856)

En la Edad Antigua, el mecanismo del chivo expiatorio no solo fue utilizado en rituales religiosos, sino también en prácticas de purificación social y política. Está documentada la utilización en la Grecia clásica de chivos expiatorios como recurso para restablecer el orden social. En las ciudades-estado era frecuente que se acusara a individuos de los males colectivos. Se erigía así un chivo expiatorio, que era señalado y expulsado o ejecutado. Al ofrecer este sacrificio a los dioses, la comunidad esperaba la restauración del orden y la paz. El ejemplo más famoso fue la ejecución judicial de Sócrates (399 a.C.), acusado de influir negativamente en la juventud de Atenas y de desafiar a los poderes de la polis, incluyendo a los mismos dioses. En las tragedias griegas se puede observar la dinámica del chivo expiatorio a través de mitos sobre sacrificios y justicia divina. En tragedias como las de Sófocles y Eurípides, muchos personajes se convierten en víctimas de las acusaciones del colectivo y son sacrificados, llevando consigo las culpas de la comunidad (Girard, 1982, pp. 127-134).



Jacques Louis David, La Mort de Socrate (1787)

Durante la Edad Media y la Edad Moderna, el chivo expiatorio adquirió una dimensión particularmente peligrosa, ya que a menudo se asociaba con la persecución de minorías, como judíos, herejes o brujas. Este fenómeno alcanzó su punto álgido durante las persecuciones de la peste negra en la Europa del siglo XIV, culpándose de propagar la enfermedad a algunas minorías, que eran castigadas con violencia. La Inquisición y las persecuciones religiosas también recurrieron con frecuencia a chivos expiatorios para

justificar la expulsión y el exterminio de aquellos considerados responsables de las desgracias sociales (Girard, 1982, pp. 135-149).



Francisco de Goya, Auto de fé de la Inquisición (1812-1819)

En la sociedad contemporánea, la figura del chivo expiatorio sigue siendo relevante. Las crisis sociales a menudo generan la necesidad de encontrar culpables, y designar un chivo expiatorio sigue siendo una herramienta eficaz para desviar la atención de problemas complejos hacia individuos o subgrupos. A gran escala, múltiples genocidios (el Holocausto nazi, Ruanda, Bosnia y, en la actualidad, Gaza) ejemplifican la facilidad con la que un grupo grande que ostenta el poder deposita en otro más vulnerable la culpa de sus miserias y, desde el exterminio del otro, ansía la purificación propia (Volkan, 2018). A mucha menor escala, los linchamientos mediáticos de figuras concretas ante cualquier crisis (véase la búsqueda de responsables políticos tras la reciente DANA) demuestran lo espontáneamente que los grupos humanos recurren al chivo expiatorio como blanco de la ira colectiva, con el objetivo inconsciente de purgar simbólicamente los males de toda la comunidad y reforzar su cohesión.

R. Girard (1923-2015)

René Girard fue un filósofo y antropólogo francés que describió distintos mecanismos sociales que han estructurado las relaciones humanas a lo largo de la historia. Sus obras dan

importancia a dinámicas inconscientes de los grupos que les permiten gestionar las tensiones internas y el conflicto colectivo, pero que perpetúan la violencia.

Girard planteó que el deseo humano no es autónomo, sino mimético: deseamos lo que otros desean, generando inevitablemente rivalidades, que, si no son contenidas, pueden desencadenar una crisis mimética. Es decir, un estado de caos en el que las diferencias se diluyen y el grupo parece al borde de la autodestrucción. En este momento crítico es cuando el grupo inconscientemente busca una salida: la identificación de un chivo expiatorio. Este individuo, seleccionado por su vulnerabilidad o diferencia, se convierte en el depositario simbólico de todas las tensiones del grupo. El sacrificio del chivo expiatorio, según Girard, no solo descarga la violencia acumulada, sino que restaura temporalmente el orden y refuerza la cohesión grupal. Sin embargo, esta resolución es siempre parcial y transitoria, ya que el conflicto original no se aborda, quedando latente en el sistema grupal (Moreno Fernández, 2014).

Una estrategia habitual a lo largo de la historia para llevar a cabo esta dinámica ha sido el sacrificio ritualizado. Éste actúa como un medio para canalizar la violencia mimética y transformarla en un acto sagrado, aceptado y legitimado por la comunidad. La violencia, al ser sacralizada, deja de ser una amenaza directa para la cohesión grupal y se convierte en un instrumento de orden (Girard, 1982, pp. 21-34).

Sin embargo, Girard advierte que este mecanismo no es consciente, es decir, los participantes no se dan cuenta de que están reproduciendo un patrón arcaico de resolución de conflictos. La inquietante conclusión sería que la paz social se ha construido históricamente sobre la violencia, encubierta bajo formas rituales y simbólicas (Girard, 1982, pp. 64-78).

Todo lo descrito previamente sugiere que el chivo expiatorio es un fenómeno universal a lo largo de la historia y entre culturas. Igualmente universal en el ser humano es el afán de conocimiento y, ante los problemas, la búsqueda de soluciones. Es comprensible que muchos pensadores hayan reflexionado sobre las formas arcaicas de resolución de los conflictos y los problemas que llevan asociados. El psicoanálisis desde sus orígenes busca desentrañar el origen histórico de los fenómenos mentales y llevar lo inconsciente a lo consciente. Fenómenos psicológicos que se dan en la interacción, en lugar de meramente intrapsíquicos, como el mismo chivo expiatorio, vienen a cuestionar una psicología que pone el foco en el individuo. El grupoanálisis añade el entendimiento de las personas como puntos nodales en una matriz grupal (*homines aperti*): solo se entienden en relación, por lo que el elemento básico de estudio ya no es el individuo aislado, sino dentro de grupos. En los grupos psicoterapéuticos, el desafío sería romper este ciclo inconsciente de cohesión a través de la violencia y el sacrificio. Para ello se deberá realizar una exploración más

consciente de las tensiones colectivas, fomentando formas de relación más auténticas y menos dependientes de mecanismos de proyección (Granell Ninot et al., 2022).

Visiones desde el psicoanálisis y el grupoanálisis

S. Freud (1856-1939)

En *Tótem y tabú* (1913), Sigmund Freud analizó los orígenes de los grupos sociales primitivos, proponiendo la hipótesis del asesinato del padre primordial. Según Freud, en las primeras hordas humanas, los hijos, movidos por su rivalidad y resentimiento hacia la figura autoritaria del padre, lo asesinan colectivamente. Este acto, aunque motivado por la búsqueda de liberación, genera una culpa insuperable que lleva a los hermanos a idolatrar al padre muerto. Así instauran el totemismo como una forma de simbolizarlo y mantener el orden social. El tótem, que representa tanto al padre como a las normas que preservan la cohesión grupal, actúa como un sustituto simbólico del padre sacrificado, encarnando la ambivalencia de amor y odio hacia él (Freud, 1913).

Podemos entender este sacrificio del padre como un precursor del chivo expiatorio. Este acto fundacional de violencia iría evolucionando a rituales culturales y religiosos que funcionen como intentos colectivos de canalizar la agresión y mitigar la culpa. El sacrificio ritual y las prohibiciones derivadas (como el tabú del incesto) son expresiones culturales de esta dinámica inconsciente (Girard, 1982, pp. 150-166).

Existen importantes similitudes entre *Tótem y tabú* de Freud y el concepto del chivo expiatorio desarrollado por Girard. Ambos describen cómo las comunidades humanas canalizan sus tensiones internas y la violencia hacia figuras simbólicas. De esta forma, los conflictos y las rivalidades intragrupalas pueden manejarse mediante el sacrificio de un individuo o un símbolo, consolidando con ello la cohesión social. Ambos autores coinciden, por tanto, en la función estructurante del sacrificio.

W. Bion (1897-1979)

Los supuestos básicos de Bion (dependencia, ataque-fuga y emparejamiento), reflejan dinámicas inconscientes que emergen en los grupos para manejar la ansiedad colectiva (Bion, 1985, pp. 119-126). Dentro de estas dinámicas, el concepto de chivo expiatorio adquiere relevancia al operar como un mecanismo de defensa grupal que permite depositar la carga de emociones difíciles de tolerar en un individuo o subgrupo. Este proceso no solo

reduce temporalmente la tensión, sino que también refuerza la cohesión del grupo en torno a una fantasía compartida, a menudo a costa de sacrificar la integración del miembro señalado. Como todos los fenómenos que se producen en los grupos de supuestos básicos, se trata de estrategias que protegen de angustias primitivas e intolerables, pero que pueden jugar en contra de la tarea que pretende realizar el grupo de trabajo (Fernández Alcalde, 2012).

S. H. Foulkes (1898-1976)

Foulkes plantea la cuestión de si los grupos necesitan un chivo expiatorio sobre el que proyectar sus sentimientos de culpa. La necesidad de castigar del grupo coincidiría con la necesidad de un miembro de ser castigado. Así, el investimento del chivo dependerá tanto de factores grupales como de elementos presentes en el individuo elegido. Foulkes añade que corresponde al terapeuta ayudar al grupo a reconocer sus intenciones inconscientes y, de ese modo, prevenir la expulsión del miembro elegido. También introduce que el análisis de la situación revelaría que, cuando aparece este fenómeno, se trataría de un desplazamiento de sentimientos dirigidos al terapeuta. A su vez, estos implican la transferencia a él de sentimientos originalmente centrados en el padre (Foulkes, 2007, pp. 190-191).

Esta perspectiva de Foulkes sobre el chivo expiatorio no se aleja de la hipótesis freudiana del asesinato del padre primordial. Ambas entienden que la figura de padre se hace depositaria de intensos sentimientos negativos. Foulkes, sin embargo, añade que estos pueden ser transferidos al terapeuta en la situación transferencial del grupo terapéutico y desplazados a otro miembro del grupo que se ofrezca como depositario. Esto hace más tolerables las fantasías destructivas originariamente dirigidas al padre/líder y permite que pueda vislumbrarse con menos culpa y temor la posibilidad real de la exclusión o la expulsión.

M. Nitsun (1943-2022)

Nitsun (1996) incluye el chivo expiatorio como fenómeno antigrupal y lo compara con los miembros que abandonan, a los que también considera depositarios de elementos antigrupales presentes en todo el grupo. Como fenómeno antigrupal, Nitsun considera que, aunque se identifican con más facilidad sus cualidades destructivas, reconocerlo y trabajarlo desvelará un potencial transformador, favoreciendo un trabajo grupal hacia una mayor madurez.

Viñetas clínicas

Las siguientes viñetas clínicas son situaciones grupales que se han desarrollado en mi lugar de trabajo, el Hospital de Día de Vallecas, perteneciente al Hospital Universitario Infanta Leonor. Se trata de un dispositivo de tratamiento intensivo fundamentalmente grupal con formato de comunidad terapéutica. Acuden pacientes de la red de salud mental con diagnóstico de trastorno mental grave. Los tratamientos propuestos son inicialmente de seis meses, tras los que se pueden prorrogar hasta un máximo de un año. Por tanto, el dispositivo funciona como un grupo de apertura lenta. Tiene plaza para veinte usuarios, que participan conjuntamente en la mayor parte de los espacios terapéuticos grupales. La excepción es la psicoterapia de grupo, en la que los participantes se dividen en dos grupos de aproximadamente diez personas. Las siguientes viñetas tienen lugar en uno de estos dos grupos psicoterapéuticos, pero en diferentes momentos de la historia reciente de Hospital de Día. Por tanto, no hay participantes comunes. Para respetar la confidencialidad de los pacientes, no se incluyen las fechas, los nombres reales ni otros datos potencialmente identificables.

Darina

Darina entró en un grupo que parecía estar congelado. Los veteranos estaban instalados en la pasividad, la desesperanza respecto a sus procesos terapéuticos y la devaluación de la función terapéutica del grupo. Otras personas que llevaban varios meses, con un perfil de importante inestabilidad emocional, sembraban semillas de trabajo grupal que no llegaban a florecer y encendían chispas de conflicto que no llegaban a prender, como si la cultura del grupo fuera que nunca sucediera nada. Muchas sesiones transcurrían prácticamente en silencio.

Darina era una mujer búlgara de mediana edad, enjuta, y con una historia traumática, de abusos sexuales por un padre alcohólico ya fallecido. Fue criada con un patrón evitativo por su madre y su tía, de las que recuerda una vinculación carente de afectos, centrada en el éxito a través de lo tangible y negadoras de su sufrimiento. Llevaba décadas viviendo en España, muy aislada, bajo la premisa de que nadie era de fiar y a la mínima se aprovecharían y le harían daño. Aterrizó en este grupo paralizado como un elefante en cacharrería. Desde su primera sesión, realizó devoluciones duras y carentes de reparos a sus quejosos compañeros. Si bien los miembros más pasivos toleraron imperturbables sus embistes, no fue el caso de las personas más explosivas: Carmen y Carmina. Estas mujeres se mostraron escandalizadas por la forma en la que Darina restaba importancia a su sufrimiento y aportaba soluciones pragmáticas a sus complejos problemas. Respondieron con enfado, que fue recibido por Darina como una flagrante agresión – “sois iguales que mi madre y mi tía” – provocando un tremendo conflicto que duró más de un mes. Con frecuencia sucedían

encontronazos extragrupo que caldeaban los ánimos para el arranque de las sesiones. La devaluación entre ambos “frentes” fue irreconciliable, no siendo capaces de encontrar puntos de encuentro que permitieran un inicio de reparación. Carmen y Carmina, que inconscientemente también identificaban en Darina aspectos de sus respectivas “malas madres”, fueron incapaces de convivir con un nivel de tensión en el que Darina se movía como pez en el agua. Ambas pacientes decidieron abandonar el dispositivo, expresando que no lo vivían como un lugar seguro. Darina, victoriosa e incapaz de percibir su parte en el conflicto, expresó que por fin se había hecho justicia.

La época que se sucedió fue más plácida. En el lugar de las participantes que abandonaron y de los pasivos veteranos entraron personas con motivación para el trabajo grupal, entre las que se consiguió un importante nivel de cohesión. Darina, precedida por su historia, quedó al margen, temida y raras veces interpelada. El resto del grupo trabajaba con bastante nivel de profundidad, pero afirmaba con mucha frecuencia lo bien que se llevaba, por lo que resultaba difícil trabajar los enfados y la hostilidad. Darina mantuvo su talante rígido e inquisitivo, despertando desasosiego en los demás pacientes del grupo, incapaces de replicarla. Solo cuando ella faltaba los demás se permitían expresar el enfado a sus espaldas.

Darina, que durante varias sesiones parecía que no tenía nada que decir, comenzó a hacerle señalamientos a un compañero. César, un hombre taciturno, había relatado en los grupos una historia de malos tratos por parte de sus hermanos y en el colegio, y una repetición posterior de esta experiencia de bullying en el resto de ámbitos de su vida: “me sigo sintiendo como ese niño”. Darina, complementariamente, se dedicaba a darle consejos muy directivos en tono de reprimenda. César lo vivió como una agresión y expresó intenso temor a la repetición de su escena temida, activándose en Darina la vivencia de una afrenta. En esta nueva escena de conflicto, al contrario que en la que se había vivido hacía unos meses, todo el grupo (conductores incluidos) estábamos intensamente cohesionados contra Darina, por lo que no dudamos en censurarla con el pretexto de proteger al miembro del grupo identificado como “débil”. Se revivió una nueva situación de enfrentamiento irreconciliable, en la que Darina, acorralada y negándose a una reparación con César, fue “invitada” por el equipo a abandonar el grupo.

Tras este fracaso por integrarla, el grupo vivió momentos de alivio. Varios pacientes expresaron que, ahora que ya podían estar tranquilos, podrían trabajar sobre sus verdaderos problemas. Sin embargo, esta fantasía no duró mucho. La cohesión antaño conseguida entorno a Darina se desvaneció y parecía costar encontrar de qué hablar. Muchas personas, que habían estado muy preocupadas por la amenaza que percibían en su compañera, presentaron recaídas sintomáticas y verbalizaron no percibir mejoría de sus procesos. César

acabó abandonando por este motivo. Otros tantos empezaron a venir mucho menos. Una nueva glaciación había comenzado en Hospital de Día.

Amalia

En una época convulsa de Hospital de Día, en la que se habían sucedido altas e ingresos, así como también cambios en el equipo, llegó Amalia. Tenía 60 años, lo que la convertía en la paciente de más edad. Era la mayor de una fratria de tres y la única que sufrió abusos sexuales por el padre. A pesar de esto, era la única de los tres que mantenía la relación con él, con cierto papel en sus cuidados, pero cargada de ambivalencia. La madre, principal figura de apego a la par que negadora de los abusos, había fallecido tres años atrás y Amalia se había identificado masivamente con rasgos de la personalidad de la madre que le irritaban profundamente cuando vivía, como el pesimismo extremo, la actitud temerosa y la obsesión por la limpieza.

Desde su llegada al grupo se presentó desde la pasividad y el oposicionismo, lo que generó de inmediato reacciones de enfado e irritación en los compañeros, que le señalaron su actitud como pernicioso para ella y agresiva contra el resto. Amalia podía identificar muy bien su autodestructividad, pero no que resultase hostil. Instalada en esta posición de víctima, varios compañeros se mostraron cada vez más insistentes en recriminarle su pasividad y darle consejos no pedidos, ante lo que solía reaccionar llorando desconsoladamente y reconociendo que lo hacía todo mal y que tenían razón. Esta dinámica escaló rápidamente hacia una descarga agresiva de varios miembros contra Amalia. Alberto, un carismático miembro del grupo que ejercía en muchas ocasiones de líder, identificó en Amalia la pasivo-agresividad que tanto detestaba de su propia madre. Ávido de descargar su rabia, Amalia parecía colocarse oportunamente como receptora de sus embistes. Muchas otras personas del grupo, necesitadas de un elemento común que les permitiera a la vez forjar alianza y cargar con sus miserias, se unieron a esta causa.

En una ocasión, tras una agresión verbal franca de Alberto, desde el equipo planteamos que nos parecían intolerables las descalificaciones. En ese momento algo pareció encajar en Amalia, que pudo legitimarse como agredida y llegó a conectar por primera vez con el enfado. En lugar de su habitual voz llorosa, habló con firmeza y expresó que no estaba dispuesta a tolerarlo. Tras este punto de inflexión, Amalia comenzó a ocupar un rol más respetado y empezó a mostrar, muy ocasionalmente, otra cara más divertida y espontánea. Pudo ir identificando como alienantes las características de su madre que portaba y retomando la tarea de elaborar su duelo complejo. Además, pudo por primera vez empezar a decidir qué cuidados del padre no quería asumir sin tener que escudarse en sus padecimientos, como había hecho hasta la fecha. Al mismo tiempo, el resto de participantes del grupo fueron identificando que las resistencias al cambio de Amalia, que tanto

detestaban, estaban también en cada uno de ellos y se movían libremente en un grupo que llevaba muchas sesiones cómodamente estancado en señalar los defectos de una sola persona.

Así, en las semanas siguientes, los distintos miembros del grupo tuvieron que ir haciéndose cargo de aspectos propios que les resultaban sumamente desagradables que habían proyectado en Amalia, a la vez que reparando con ella. Esto colocó al grupo en una posición más depresiva, pero permitió también que emergiese un nivel de trabajo más profundo, con menos angustias persecutorias y, en último lugar, mayor libertad para poder expresar emociones como el enfado.

Resultados. Reflexiones a partir de las viñetas clínicas

El análisis de las viñetas clínicas permite observar cómo el grupo sitúa a ciertos participantes en posición de ser señalados, depositando en ellos aspectos rechazados por los demás. No obstante, la forma en que este fenómeno se desarrolla y resuelve puede variar significativamente. También difieren los elementos que cargan los chivos expiatorios. En la primera viñeta, se ejemplifica cómo una sola persona puede ser depositaria de aspectos agresivos del grupo, presentes en todos, pero negados por los demás. Darina se hizo portavoz de la hostilidad en momentos distintos del grupo, mientras que Amalia representó la pasividad y la resistencia al cambio.

En el primer periodo de la primera viñeta fue llamativa la falta de cohesión grupal. No llegó a configurarse un fenómeno como el chivo expiatorio, el cual, probablemente, habría favorecido cierto grado de cohesión, al menos temporalmente. Predominó una situación transferencial de características psicóticas, marcada por el intercambio de proyecciones de aspectos parciales del self rechazados, que no pudieron ser elaborados (Badaracco, 1989, cap. 1). Desde la perspectiva de Malcolm Pines (1984), este momento grupal podría entenderse en términos de fenómenos de espejo destructivo. Es decir, era un grupo en el que la única opción factible era la destrucción de un otro que recibía de manera intensa los fragmentos escindidos y no aceptados del self. Los participantes que permanecieron en una posición pasiva delegaron en los miembros más involucrados en el conflicto la expresión de la agresividad latente del grupo. Según Pines, el espejo diádico destructivo debería ser convertido en perspectivas multipersonales compartidas, a través de la incorporación de visiones y relaciones de integrantes del grupo menos imbuidos en el conflicto. Esto ayudaría a que los adversarios pasaran de ver como una necesidad la aniquilación ajena a que desarrollaran puntos de vista que les permitieran convivir en desacuerdo. Al revisar este momento grupal, lo considero una oportunidad perdida para implicar a los miembros del grupo que parecieron limitarse al rol de observadores del conflicto. Su aparente indiferencia encubría, en realidad, un importante monto de agresividad. Sin embargo, al ser Darina quien

la asumió de manera exclusiva, estos participantes quedaron exentos de la posibilidad de reconocerla en sí mismos y, por tanto, de identificarla y elaborarla.

En el segundo periodo, la cohesión grupal se organizó en torno al temor que Darina despertaba en los demás, consolidándose en esta fase el fenómeno del chivo expiatorio. Este momento grupal puede ser un ejemplo de cómo intervenciones psicóticas resultan molestas para los participantes con un grado aparentemente mayor de organización porque el grupo rechaza sus aspectos más psicóticos (Badaracco, 1989, cap. 5). No obstante, este rechazo no se limitó únicamente a las partes más psicóticas de Darina, sino que también incluyó sus facetas más agresivas, con las que el grupo evitaba identificarse. Paralelamente, los participantes no lograban señalarle directamente estos aspectos, recurriendo a sus ausencias como momentos propicios para expresar su malestar. En lo que respecta a los conductores, ahora puedo identificar que seguíamos recuperándonos del conflicto previo y, aliviados con la nueva dinámica, obviamos la tarea de integrar a Darina en el nuevo grupo que se había configurado. En este contexto, la expulsión de Darina resultó una salida más tolerable para el grupo, aunque al costo de perder la oportunidad de reconocer e integrar la agresividad presente en todos. Desde la perspectiva de Girard (1982), esta dinámica puede leerse en términos del sacrificio ritualizado, en el que la designación y expulsión del chivo expiatorio actúa como un mecanismo que refuerza una cohesión grupal efímera y en el que la espiral de violencia se perpetúa a través de la actuación. Foulkes (2007), por su parte, sostenía que corresponde al terapeuta (o conductor) ayudar al grupo a identificar aquello que proyecta en el chivo expiatorio, evitando así su exclusión. En esta revisión, me cuestiono hasta qué punto no solo los pacientes, sino también los conductores quedamos atrapados en esta dinámica y respondimos de forma reactiva. Como advirtió Girard (1982), el ideal de cohesión alcanzado mediante la expulsión del chivo es, en última instancia, una estrategia inconsciente que, aunque puede tener un efecto catártico momentáneo, no disuelve la violencia subyacente, sino que la devuelve a su estado previo a la designación del chivo: en este caso, reinstaurando la pasividad. Desde esta perspectiva, una identificación más profunda de nuestra propia agresividad – incluyendo la de los conductores – habría permitido aprovechar la oportunidad de realizar un trabajo necesario sobre las relaciones, que Darina, quizá, no estaba interfiriendo, sino catalizando.

Como se ha mencionado previamente, Amalia, con su posición pasiva y opositora se convirtió en la receptora de ansiedades no elaboradas del grupo en la segunda viñeta clínica. A la hora de entender el porqué, es pertinente tener en cuenta varios factores. Por un lado, el grupo atravesaba un período de alta inestabilidad, marcado por múltiples cambios, en el que la amenaza de desintegración pudo reactivar angustias primitivas vinculadas a la supervivencia, generando una necesidad imperiosa de cohesión a cualquier precio. Entendiendo el grupo como una matriz intersubjetiva con un constante intercambio de

proyecciones e identificaciones (Foulkes, 2007), podemos pensar que la hostilidad creciente de los compañeros hacia Amalia reflejaba un intento inconsciente de mantener la cohesión grupal a base de proyectar sobre ella los aspectos negados de cada uno, como las resistencias al cambio. A su vez, la aparente competición en torno al sufrimiento, en la que Amalia parecía implicarse activamente para ocupar la posición de mayor padecimiento, encontró una resolución parcial a través de su investimento como chivo expiatorio, en línea con la teoría de la resolución de la crisis mimética de Girard (1982). Alberto, con sus agresiones explícitas y Amalia, colocándose inconscientemente como receptora, se hacían portavoces de estos fenómenos grupales. Solo cuando el equipo terapéutico intervino estableciendo un límite claro, Amalia logró salir de la posición de víctima pasiva y conectar con su enfado, lo que señaló un punto de inflexión en la dinámica grupal. Creo que fue muy importante la función estructurante de los conductores, que ha sido descrita principalmente por S.H. Foulkes y M. Pines. Foulkes (2007) planteó que el terapeuta no es una figura directiva en el sentido tradicional, sino un facilitador de la comunicación grupal, alguien que promueve la co-construcción del significado dentro del grupo. Su función estructurante se basa en favorecer la emergencia de la matriz grupal, permitiendo que las interacciones entre los miembros se desarrollen y se analicen dentro del espacio terapéutico. Pines (1984) amplió esta perspectiva, señalando que el conductor actúa como contenedor y modulador de la ansiedad grupal, asegurando que el grupo no se desorganice y facilitando la internalización de un marco de referencia compartido.

El reconocimiento progresivo de que las resistencias de Amalia reflejaban un estancamiento colectivo permitió al grupo abandonar la ilusión de que el cambio dependía solo de la transformación del otro y adoptar mayor autonomía de los participantes en sus procesos terapéuticos. Podríamos decir que en esta viñeta el grupo comenzó en una posición esquizo-paranoide o, desde una perspectiva bioniana, de predominio de supuestos básicos, dominada por mecanismos más primitivos como la proyección y la escisión. Fue consiguiendo transitar hacia una posición depresiva (grupo de trabajo), donde cada miembro comenzaba a asumir su propia parte en la dinámica (Bion, 1985; Fernández Alcalde, 2012). Este trabajo de los movimientos antigrupales, que se estaban manifestando en forma de chivo expiatorio, permitió al grupo aumentar su nivel de madurez y conseguir una mayor tolerancia a la ambivalencia y una expresión más libre de emociones hasta entonces reprimidas, como el enfado (Nitsun, 1996). Amalia, a su vez, pudo cuestionarse identificaciones patógenas, que abrieron la veda para un trabajo sobre su forma de relacionarse y cómo esta venía condicionada por su historia (Badaracco, 1989, cap. 5).

Si bien el elemento común en ambas viñetas es la designación de un chivo expiatorio, los desenlaces fueron notablemente distintos. En la primera viñeta, la dinámica grupal condujo a la expulsión del chivo, mientras que en la segunda se logró su integración. La inclusión de

Amalia implicó un esfuerzo de todo el grupo y una intervención activa de los conductores. No obstante, es fundamental recordar que el chivo expiatorio no ocupa este lugar de manera arbitraria (Foulkes, 2007, pp. 190-191); su posición en el grupo responde a dinámicas que, en muchos casos, encuentran resonancia en su propia historia. Así, aunque el sujeto pueda vivirse como víctima y manifestar de forma explícita su deseo de salir de esta posición, es frecuente que quede atrapado en ella. Diferentes elementos pueden contribuir a esta fijación: la familiaridad con el sufrimiento, al reproducirse escenas transferenciales que remiten a experiencias tempranas; la gratificación inconsciente que puede derivarse del rol de víctima; o la tendencia a perpetuar patrones relacionales que, aun disfuncionales, le resultan conocidos. Esto puede generar un círculo vicioso en el que el grupo percibe su actitud como boicoteadora y, en consecuencia, refuerza la agresión dirigida hacia él, consolidando aún más su exclusión. La experiencia del trabajo clínico en estas dos situaciones grupales me lleva a plantearme la importancia de que los conductores nos mantengamos atentos para no dejarnos arrastrar por este fenómeno, algo que ocurrió más claramente en la primera viñeta que en la segunda. Esto requiere de un arduo trabajo. En este sentido, la supervisión frecuente, tanto dentro como desde fuera del equipo, resulta un recurso fundamental. Asimismo, la coterapia constituye un elemento clave, ya que permite una contención recíproca y facilita la alternancia en el nivel de implicación emocional, contribuyendo a una mayor capacidad de sostén frente a las angustias movilizadas en la situación transferencial.

A pesar de los esfuerzos terapéuticos, la psicoterapia grupal implica un margen significativo de incertidumbre, y es importante reconocer que no todos los procesos pueden ser plenamente controlados o reconducidos. En algunos grupos, la persistencia del fenómeno del chivo expiatorio puede consolidar una estructura grupal rígida, donde la escisión y la proyección predominan sobre la capacidad elaboración. Cuando ni el grupo ni el propio individuo señalado logran encontrar vías de reparación y transformación de la dinámica establecida, la expulsión del chivo expiatorio puede acabar siendo la única opción viable.

Conclusiones

El fenómeno del chivo expiatorio es un elemento extremadamente frecuente en los grupos humanos y, por tanto, también en la psicoterapia de grupo. Congruentemente con el planteamiento de Foulkes (2007), hemos podido observar en las viñetas expuestas cómo los grupos eligen a algunos individuos, con características que los hacen especialmente susceptibles, para ser depositarios de ansiedades compartidas, conflictos no elaborados y aspectos escindidos que el grupo en su conjunto no puede integrar. Esto permite sostener

una aparente cohesión grupal, aunque al mismo tiempo se perpetúan dinámicas violentas de exclusión y de repetición de pautas relacionales disfuncionales.

El papel del conductor es fundamental en este proceso. Por un lado, interviene en la mediación y protección del chivo expiatorio, representando la Ley y garantizando el respeto de las normas, cuando estas se ven amenazadas. Además, facilita la participación de los miembros silenciosos, ya que el fenómeno del chivo expiatorio es inherentemente grupal, incluso cuando solo unos pocos asumen el rol de portavoces. La integración de estos miembros más pasivos puede ser crucial para introducir una perspectiva multipersonal frente a una díada de espejo destructivo o para resolver conflictos que se presentan como altamente personalizados (casi todo el grupo en oposición a un individuo). Su participación permite introducir nuevas perspectivas y generar identificaciones inesperadas con todas las partes, favoreciendo así la integración grupal. De esta manera, el conductor no solo ayuda a señalar y desactivar la tendencia a expulsar al chivo expiatorio, sino que también promueve una redistribución más equitativa de las ansiedades grupales, facilitando la integración de los aspectos escindidos, como la agresividad.

Si bien queda clara la necesidad de detectar y manejar este fenómeno de forma efectiva, el chivo expiatorio está lejos de ser estrictamente patológico. Su entendimiento ofrece una valiosa oportunidad terapéutica. La identificación y resolución de estas dinámicas redundará en una elaboración más real de los conflictos, aumentando la madurez del grupo y consiguiéndose una cohesión más sólida que aquella basada en la perpetuación del ciclo de violencia. Además, comprender el papel del chivo expiatorio en la psicoterapia grupal no solo contribuye a mejorar su eficacia, sino que también proporciona una visión más amplia sobre los procesos de exclusión y cohesión en los sistemas humanos, con implicaciones que trascienden el ámbito clínico y alcanzan dimensiones sociales y culturales.

Bibliografía

- Bion, W. (1985). *Experiencias en grupos: Grupos e Instituciones*. (2ª ed.) Buenos Aires: Paidós.
- Fernández Alcalde, J. B. (2012). Sin chivo expiatorio, no hay grupo. El caso de las administraciones públicas. *OBETS: Revista de Ciencias Sociales*, 7(1), 81-108.
- Foulkes, S. H., & Anthony E. J. (2007). *Psicoterapia de grupo. El enfoque psicoanalítico*. Barcelona: Cegaop Press.
- Freud, S. (1913). *Tótem y tabú: Algunas relaciones entre la psicología de la civilización y las neurosis colectivas*. (A. Díaz, Trad.). Editorial Biblioteca Nueva.
- García Badaracco, J. E. (1989). *Comunidad terapéutica psicoanalítica de estructura multifamiliar*. Madrid: Tecnipublicaciones.
- Girard, R. (1982). *El chivo expiatorio* (J. Jordà, Trad.). Editorial Anagrama.
- Granell Ninot, L., Roig Bermúdez de Castro, P., Oñoro Carrascal, I., Solano Parés, M., Soler Sánchez, M. del M., & Sunyer Martín, J. M. (2022). Aplicación del grupoanálisis en la práctica clínica comunitaria. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 42(122), 1-18.

- Moreno Fernández, A. (2014). La teoría mimética de René Girard: una visión crítica. *Gazeta de Antropología*, 30(1), artículo 08. Universidad de Granada.
- Nitsun, M. (1996). *The anti-group: Destructive forces in the group and their creative potential*. Routledge.
- Pines, M. (1984). Mirroring in group analysis as a developmental and therapeutic process. In T. E. Lear (Ed.), *Spheres of group analysis* (p. 206). London, UK: Group-Analytic Society Publications.
- Volkan, V. D. (2018). *Psicología de las sociedades en conflicto: Psicoanálisis, relaciones internacionales y diplomacia* (J. M. Sunyer Martín, Trad.). Herder Editorial.